



**ADICION**  
**QUE CONTIENE LA OPINION**  
**DEL CARDENAL BELARMINO.**



El piadoso y sabio Belarmino fue uno de los jesuitas mas recomendables por los grandes servicios que prestó á la iglesia. En Roma se está tratando de su beatificacion, y es de esperar que no tarde el juicio auténtico del sumo pontífice en proponer á la veneracion de los fieles la heroica santidad de aquel varon eminente. Esta razon nos ha movido á citar aqui su opinion 1.<sup>o</sup> sobre el modo de anunciar la divina palabra, 2.<sup>o</sup> sobre la importancia de la explicacion de la doctrina.

§. I.

*Opinion de Belarmino sobre el modo de anunciar la divina palabra (1).*

Hé aqui algunas reflexiones que dejó escritas Belarmino sobre este objeto:

«Un predicador tiene buenos motivos de mante-

(1) Vida del cardenal Belarmino por el P. Frizon, jesuita.

nerse en una profunda humildad y no atribuirse de ningun modo el fruto de sus sermones: *ni el que planta, ni el que riega*, es el que hace germinar la semilla: *Dios es el que hace que la buena simiente eche raiz, y le da incremento* (1). Todo nuestro poder se reduce á llamar á la puerta del corazon de nuestros oyentes haciendo resonar á sus oidos la divina palabra: á Dios le toca hacerla penetrar y grabarla profundamente en el alma de aquellos.

«Temamos perder el tiempo en tornear frases y disponer palabras: los sermones trabajados con arte y en cuya composicion se suda mucho, producen ordinariamente mas aplauso que provecho. No hay cosa que mejor nos prepare para la predicacion que la oracion fervorosa y las mas humildes súplicas. Todos los preceptos de la elocuencia humana no nos harán jamás capaces de convertir una sola alma: esta es una conquista reservada á la gracia de Jesucristo y á la eficacia de su palabra. El embajador de Jesucristo que viene en nombre del cielo á anunciar esta divina palabra, debe profesarle en verdad una veneracion que le haga evitar todo lo que pudiera disgustar á sus oyentes: no ha de debilitar su fuerza con malos razonamientos, ni hacerla desapacible con una elocuencia bárbara; pero tampoco ha de secar la uncion de quella palabra con un estilo estudiado en demasía, ni cargarla de adornos extraños, ni sujetarla á todas las reglas de los retóricos.

«La palabra de Dios quiere ser libre y no gusta de esta especie de violencia: zelosa de su celestial origen quiere depender únicamente de aquel de quien emana. A Dios solo se ha de recurrir para tener una elocuencia verdaderamente cristiana, porque á Dios toca dar

(1) *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat, Deus* (I Ep. ad cor. V, 3).

á su palabra, al ponerla en boca de su enviado, aquella magestad simple y augusta que tenia antiguamente en los labios de los profetas, y revestirla de aquella eficacia dulce é imperiosa que persuade á los mas incrédulos y triunfa de los mas rebeldes. En una palabra es menester que nos persuadamos bien que el mejor predicador no es el que trabaja mas los sermones, sino el que por su humildad y confianza en Dios atrae mas bendiciones sobre los discursos que pronuncia.

§. II.

*Opinion de Belarmino sobre la importancia de la explicacion de la doctrina.*

Habiendo sido nombrado Belarmino arzobispo de Capua se dedicó con esmero á averiguar las necesidades de su diócesis, y no tardó en conocer que la fuente principal de los desórdenes era la ignorancia de los pueblos, y que esta ignorancia en que yacian desgraciadamente una multitud de parroquias, provenia con especialidad del poco zelo de ciertos pastores para instruir á su rebaño. Publicó edictos muy sabios contra este abuso, recomendó sobre todo á sus curas las pláticas doctrinales y familiares, y para estimularlos con su propio ejemplo reunia á los niños en la catedral, les daba como una buena madre la leche de la doctrina cristiana, descendia hasta las explicaciones mas simples del catecismo, y repartia de cuando en cuando algunos premios á los que respondian mejor.

Lo que mas aumentó su ardiente zelo por el santo ejercicio de la doctrina, fue este caso que le reveló la profunda ignorancia no solo de la gente ruda del campo, sino de los habitantes de la ciudad y aun de las personas mas ancianas. Acostumbraba lavar los pies á

doce pobres el jueves santo: un año se halló entre estos un viejo que contaba cerca de ciento de edad. El piadoso arzobispo le recibió con suma bondad, y como solia siempre hacer algunas preguntas de doctrina á los pobres antes de lavarles los pies, le exhortó con gran ternura y unción á que empleara bien lo que le quedaba de tan larga vida para merecer la eterna bienaventuranza, y luego le dijo que rezara el credo. El viejo le respondió que no le sabia, y añadió que no era por haberle olvidado en razon de sus muchos años, sino que no le habia sabido jamás. Al oír estas palabras quedó Belarmino absorto de dolor, y notándolo el pobre anciano en la alteracion del semblante del prelado dió por excusa que si no le sabia era porque nadie se le habia enseñado. Fue tan viva la impresion que estas palabras causaron en el arzobispo, que sofocado por la violencia del dolor perdió por un rato el uso de la palabra. Al fin exhalando un hondo suspiro y vertiendo lágrimas en abundancia exclamo asi: «¡Cómo! ¡En Capua no ha habido un solo hombre en el espacio de cien años que enseñase á este pobre cristiano los artículos de la fé! ¡Cuántos viejos habrá tal vez cubiertos de canas como este y tan poco instruidos en lo necesario para salvarse! ¡Desgraciados, desgraciados tantos pastores negligentes! ¡qué cuenta darán algun dia de las almas que les están encomendadas y perecen miserablemente por falta de instruccion.»

Hé aqui lo que estimulaba el zelo del varon de Dios. Para remedar la deplorable ignorancia que presenciaba con sus propios ojos, reunia á los curas párrocos en la casa arzobispal, les recomendaba en los términos mas persuasivos el importante ministerio de explicar la doctrina, y les trazaba las reglas que habian de seguir para su buen desempeño. Ya hemos in-

dicado que él mismo les daba el ejemplo explicando la doctrina en la catedral; pero no se contentaba con eso: iba á las parroquias, congregaba los niños en la iglesia, y les explicaba la doctrina con tan paternal afecto y de un modo tan proporcionado á su capacidad, que todos aquellos pobres niños se conmovian hasta lo íntimo de su corazon. En cuanto se anunciaba que el arzobispo iba á explicar la doctrina, acudian juntamente con los niños personas de todas edades, y Belarmino se aprovechaba de esta concurrencia para dar á todos instrucciones muy sencillas y familiares, acompañadas de tanta piedad y uncion, que producian un fruto admirable.

DOCTRINA

DEL SUMO PONTIFICE

BENEDICTO XIV

SOBRE LA NECESIDAD Y MEDIOS DE INSTRUIR  
Á LOS PUEBLOS.

Observaciones preliminares.

Benedicto XIV tomó siempre muy á pechos la instruccion de los pueblos. Antes de ocupar el solio pontificio era arzobispo de Bolonia, y en las instrucciones pastorales que circuló entonces á sus párrocos, se notan tres sobre este objeto, la 9.<sup>a</sup>, la 10 y la 72.

Elevado á la cátedra de S. Pedro no tardó en dirigir su voz á todos los obispos del universo cristiano, recomendandoles una obligacion tan importante. Con fecha 2 de febrero de 1742 expidió la encíclica *Etsi minimè*, en la cual descende á pormenores utilísimos sobre las pláticas doctrinales y explicacion del catecismo: otros hombres menos imbuidos en el espíritu de Dios los hubieran mirado tal vez como minuciosos. En 26 de junio de 1754 circuló la encíclica *Cum religiosi* sobre el mismo asunto á todos los obispos de Italia.

Dividiremos en tres artículos todo lo que hemos recopilado de la doctrina de este grande y zeloso pontífice. El primero contendrá algunas advertencias ge-